

1 EL CORAZÓN HABLA AL CORAZÓN

D. Luis Miguel Castillo

En esta meditación acerca del Sagrado Corazón, inspirada en la encíclica *Dilexit Nos*, que en sus números 9 al 16 nos insta a volver al corazón, vamos a considerar la importancia del cultivo de la vida interior como elemento primordial en la devoción y culto al Corazón del Redentor.

En efecto, si deseamos establecer una relación sólida y cordial con Cristo tenemos que vivir a nivel de “corazón profundo” evitando la gran tentación de nuestros tiempos, que es vivir superficialmente y dispersos en una actividad frenética, sometidos a un estrés de información, que no somos capaces de asimilar.

Así pues, debemos abordar la conquista de nuestro propio corazón venciendo las inercias que nos atrapan en el complejo entramado de las pasiones que deforman nuestra humanidad y enturbian la imagen de Dios, solo así podremos dar nuestro corazón al Señor, como Él nos pide según reza el libro de los Proverbios cuando dice *Dame, hijo mío, tu corazón* (Prov 23, 26).

Consideramos fundamental, para que nuestra devoción al Sagrado Corazón sea verdadera, regresar a nuestro interior, a nuestro corazón, pues, como indica el título de la meditación, solo el corazón habla al corazón y solo así se puede establecer una relación de amistad con el Señor, de corazón a Corazón. Ya el gran doctor de la Gracia, San Agustín, afirmaba *vuelve a tu corazón y desde él asciende hasta Dios. Si vuelves a tu corazón vuelves a Dios desde un lugar cercano a ti* (sermón 311).

Bien podemos afirmar que la devoción al Sagrado Corazón refleja la más alta dignidad del hombre, pues consiste en un camino de espiritualidad basado en la comunión de dos corazones, una relación de corazón a corazón, entendiendo corazón por la esencia de la condición de persona, tanto en el hombre, como en el Hijo de Dios, que gracias a la condescendencia divina, nos ofrece en Jesús un Corazón capaz de

amar y sufrir como todo hombre, un Corazón que habiendo sido herido por el pecado de la humanidad, se ha convertido en fuente desde la que fluye la divina misericordia.

Obviamente, para vivir desde el corazón, como la devoción al Corazón de Jesús reclama, hay que ordenar el amor en nuestros corazones regenerándolos a través de la vida sacramental, con la Penitencia y la Eucaristía, y habituándonos a la intimidad con el Señor por medio de la oración del corazón, de todo lo cual trataremos en esta meditación del primer viernes de diciembre, en el contexto del gran Jubileo cuyo lema es Somos peregrinos de Esperanza, y mientras celebramos el Adviento, tiempo de espera.

Confiemos pues en el Buen Jesús, que nos ofrece su Corazón como lugar de encuentro con Dios exclamando *Venid a mi todos los que estáis cansados que yo os aliviaré* (Mt 11, 28)

Animémonos pues y aprovechemos el ciclo de meditaciones en torno a la espiritualidad del Corazón de Jesús, que la diócesis nos ofrece durante este año litúrgico en la Basílica del Sagrado Corazón, para renovar nuestra vida cristiana y pedir al Señor de más grande Corazón un corazón manso y humilde, semejante al Suyo.

2 LA IGLESIA: COMUNIÓN Y MISIÓN

P. José Vicente Esteve

“Del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de toda la Iglesia” (*Sacrosanctum Concilium*, 5). Del mismo modo que Eva fue formada del costado de Adán adormecido, así la Iglesia nació del corazón traspasado de Cristo muerto en la cruz (San Ambrosio) (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 766).

Los escritores cristianos han enseñado desde la antigüedad que la Iglesia nace del costado de Cristo crucificado, del cual brotó sangre y agua (cf. Jn 19,34), símbolos de los sacramentos del bautismo y la eucaristía, que son los que constituyen la Iglesia. Esta afirmación sobre el origen de la Iglesia es muy fecunda, pues coloca el amor como fundamento tanto de la comunión de los fieles con Dios y entre sí, como de la misión.

La Iglesia se ha gestado a lo largo del ministerio público de Jesús, en su predicación, en la elección de los apóstoles, siendo Pedro la cabeza del colegio apostólico, en la institución de la Eucaristía. Señala *Lumen Gentium*, 5: “El misterio de la santa Iglesia se manifiesta en su fundación. Pues nuestro Señor Jesús dio comienzo a la Iglesia predicando la buena nueva, es decir, la llegada del reino de Dios prometido desde siglos en la Escritura”. Propiamente la Iglesia ha nacido en la cruz, del costado herido de Cristo. Nace como Madre de los vivientes, asociada al Redentor, para transmitir a los hombres la vida que brota del sacrificio de Cristo, sacrificio que está anticipado sacramentalmente en la última Cena y que culmina en la resurrección gloriosa del Señor. El Misterio Pascual origina, pues, el nacimiento de la Iglesia. Y esta se manifiesta públicamente en Pentecostés, con el envío del Espíritu Santo y la entrega de los poderes apostólicos por parte del Señor Resucitado.

Puede decirse, por tanto, que el sacrificio redentor de Cristo señala el nacimiento de la Iglesia. Este sacrificio redentor está simbolizado en la herida del Corazón, del cual fluyen la sangre y el agua, símbolo de los sacramentos. La Iglesia es fruto del amor

divino de Cristo, el cual conocemos gracias al amor que manifiesta su Corazón humano.

San Juan atribuye una gran importancia al símbolo del corazón traspasado. Es el gran signo que expresa el amor de Cristo y de Dios, es el compendio del amor que viene de Dios, porque Dios es amor. Y el signo también del amor que funda la Iglesia.

La Iglesia es una realidad compleja y misteriosa, compuesta por elementos humanos que están vivificados por la fuerza divina y por elementos sobrenaturales que están encarnados en las limitaciones humanas. Y le corresponde la misión de prolongar en el tiempo la obra salvadora de Cristo.

El Concilio Vaticano II presenta el misterio de la Iglesia como comunión: “La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*Lumen Gentium*, 1). La comunión es el núcleo de la doctrina conciliar sobre la Iglesia. Es comunión vertical, de los creyentes con Dios, mediante Cristo, en el Espíritu, y comunión horizontal, de todos los creyentes entre sí. Ambas dimensiones de la comunión quedan vivificadas por el amor divino manifestado en el amor humano del Señor. Esta comunión eclesial, que deriva del misterio de la Iglesia y se manifiesta en la vida de la comunidad cristiana, tiene una expresión sacramental. El agua y la sangre que brotan del costado de Cristo crucificado evocan respectivamente el bautismo, que es el comienzo de la comunión y nos hace partícipes del misterio pascual, así como hijos en el Hijo, y la eucaristía, que concentra la comunión con Dios y con los hermanos, y realiza, expresa y hace visible la comunión eclesial.

La tarea misionera de la Iglesia lleva a anunciar el amor de Dios manifestado en Cristo. Este anuncio es irradiación del amor del Corazón del Señor, y pide misioneros enamorados, cautivados por el amor de Cristo, que transmiten el amor que ha transformado radicalmente sus existencias.

3 CONSAGRACIÓN Y REPARACIÓN

D. Santiago Bohigues

Quien va al médico diciendo: «Doctor, me duele el estómago, pero le advierto que no pienso dejar el alcohol ni el tabaco, no soporto el régimen y me dan asco los medicamentos»; es como quien dice al Señor: «Señor, quiero ser santo, pero no tolero la cruz, ni el dolor, ni las humillaciones, y no estoy dispuesto a renunciar a nada para alcanzar algo mejor».

Consagrarse al Señor, es decirle: «Sálvame, aunque duela; cuenta conmigo a pesar de los momentos de oscuridad; me entrego a ti en mi pequeñez y debilidad». Consagrarse es entrar en una dinámica de transformación interior, es complicarse la vida en una donación de amor hasta el extremo, es saber que el Señor está por mí y que no me dejará en las diferentes tareas que superan mis fuerzas; Él realiza la obra si le dejamos actuar.

Solamente se decide una persona a consagrarse al Señor, en una mayor vivencia de la consagración bautismal, cuando está convencida del inmenso amor que Dios le tiene, de que Él nos ha amado primero e inmerecidamente. Este es «el camino de la nada para llegar a poseerlo todo». La consagración es vivir el ofrecimiento de obras, renovándolo al comenzar del día y sobre todo en la Eucaristía: ofrecimiento (entrega), consagración (transformación) y comunión (mutua donación de amor).

El fin de la consagración es el cambio del corazón, en un corazón permanentemente abierto y entregado, en la identificación plena en Jesucristo; este es el grado más elevado de la mística que no es «flotar en las nubes», sino «ver con los ojos de Dios y sentir con el Corazón de Cristo», es «verlo y sentirlo todo como Él lo ve y lo siente».

Dios es amor y no es indiferente a nuestra respuesta, porque nos ama; todo amor desea ser correspondido. Responder al amor con amor es la razón de nuestra vida; nosotros llegamos a amar en cristiano, porque primero ha descendido a nosotros el amor de Dios. El amor lleva a una identificación: «El Padre y yo somos una misma cosa»; en esa identi-

ficación de amor con el Padre se identifica también con los hombres, y se hace hombre por amor a nosotros.

Nosotros sufrimos por carecer de algo, Jesucristo sufre por abundancia de amor. Este amor ofrecido nos lleva a participar íntimamente de los sentimientos de Cristo, nos lleva a tener en nosotros sus mismas actitudes, fruto de una transformación interior: «Y así, en la fuerza de ese amor, cuando Cristo ve la ofensa del Padre, y ve al Padre ofendido, inmediatamente, esta ofensa del Padre le llega a Él al alma» (P. Luis M^a. Mendizábal, S.J.).

Una cosa es la culpa de nuestros pecados que es perdonado por el sacramento de la reconciliación y otra es la pena causada por ellos; las consecuencias que traen nuestras malas acciones hacia nosotros y hacia otros necesitan de una reparación. Es de justicia una sana reparación en nosotros y en el daño causado a todo lo que nos rodea: las indulgencias aplican los méritos de Cristo y de los santos como medio de reparación cumpliendo las condiciones establecidas.

Una cosa es la redención objetiva y otra la redención subjetiva: «La satisfacción de Cristo es como un gran depósito, o como una central en la que está acumulada la potencia eléctrica que debe ser usada para la salvación de las almas. Pero esta salvación no se obtiene si la energía no se transforma, si no se aplica al motor, de modo que pueda convertirse en trabajo. En el orden sobrenatural el motor es nuestra reparación y nuestros sacrificios» (P. Luis M^a. Mendizábal, S.J.).

Hablar del tema de la reparación es ahondar en la vida interior de la persona y se presupone una formación suficiente para amar «más»; vamos a profundizar en los diferentes niveles de reparación que se pueden vivir en la vida cristiana.

Reparación negativa

«Vivir de verdad con Jesucristo vivo» nos lleva a evitar el pecado personal en sus consecuencias y en sus causas; nos lleva a fortalecer la debilidad de la voluntad para poder vivir el amor de Dios. Como consecuencia, hay que evitar caer en los pecados veniales y mortales: la confesión, la penitencia, los sacramentales, las mortificaciones de los sentidos será un medio para unirnos cada vez más íntimamente a Jesucristo, centrándonos afectivamente más en Él.

Reparación afectiva

Amar más por los que no le aman e interceder por ellos; que nuestro amor y nuestras buenas obras venzan la falta de amor de otros: fidelidad a los compromisos dados, vivir los mandamientos, perseverar en la oración, amar más por los que no le aman: «vivir en lo ordinario con el amor extraordinario de Dios»: cuanto más puro sea nuestro amor, más fecundidad evangelizadora se dará para la salvación del mundo.

La oración que repara es la oración afectiva por medio de actos de fe, esperanza y caridad: «olvido de lo criado; memoria del Criador; atención a lo anterior; y estarse amando al Amado» (san Juan de la Cruz); «un acto de puro amor vela más para la Iglesia, que las acciones externas de todos los predicadores...» (san Juan de la Cruz).

Reparación aflitiva

“Puesto que me propuse no saber otra cosa entre vosotros, sino a Jesucristo, y Éste crucificado” (1 Cor. 2,2).

Cristo con su cruz vence al mundo, por eso no debe extrañarnos que el mundo odie la cruz: “Escándalo para los judíos, locura para los paganos” (1 Cor. 1, 23). Nosotros estamos llamados a ser Cristos vivos, portadores de la Cruz redentora, de modo que se manifieste en nosotros, mostrarla a todos. Destruir totalmente el pecado en nosotros para obtener una unión íntima con Él.

A media que una persona avanza en la vida espiritual, desea asemejarse más a Cristo y todo seguimiento a Él lleva a la pasión de amor, muerte de amor para alcanzar la resurrección de amor; se sufre mucho en la vida mística de oración, pero la fecundidad se multiplica: < es hermoso sufrir por Cristo > (San Francisco Javier).

La eficacia de la satisfacción, no depende solamente de la intención del dolor, sino también de la dignidad de la persona que sufre; la dignidad de la que persona que sufre consiste en su vida sobrenatural, en su unión con Cristo.



ARZOBISPADO DE VALENCIA
Vicaría de Evangelización
y Transmisión de la Fe
Secretariado Diocesano de Espiritualidad

AVELLANAS, 12 · 46003 VALENCIA // TEL. 96 315 82 09

PLAN FORMATIVO EN TRES CONFERENCIAS SOBRE LA ENCÍCLICA **DILEXIT NOS**

Lugar de las Conferencias

Basílica del Sagrado Corazón
de Jesús de Valencia

19:00 h.

5 de diciembre de 2025

Primera conferencia

El hombre como corazón

D. Luis Miguel Castillo,
rector de la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús

6 de marzo de 2026

Segunda conferencia

La Iglesia: comunión y misión

P. José Vicente Esteve,
director del Apostolado de la Oración de Valencia

5 de junio de 2026

Tercera conferencia

Consagración y Reparación

D. Santiago Bohigues,
director del Secretariado diocesano de Espiritualidad